

EL BIEN Y LA UNIDAD DE LA VIDA

1. El *lógos* de la acción humana

Partimos en estas reflexiones de un lugar común a la experiencia humana: siempre que el hombre actúa espontánea o deliberadamente, en cada uno de sus comportamientos, aún en gestos aparentemente insignificantes, pone en evidencia un orden de sentido interior que guía su conducta. Así por ejemplo, el modo de tratar a sus semejantes revelará su manera de pensar y sentir acerca del hombre; el tiempo de reflexión que dedica a determinados temas, cuál sea el orden de las prioridades que le preocupan; la energía puesta en ciertas tareas, cuáles son los valores que lo movilizan.

Sostiene Edith Stein: “En toda actuación del hombre se esconde un «lógos» que la dirige. (...) Con «lógos» nos referimos por un lado a un “orden objetivo” de los entes, en el que también esta incluida la acción humana. Aludimos también a una “concepción viva” en el hombre de este orden, que le permite conducirse en su praxis con arreglo al mismo (es decir «con sentido»)."¹

La orientación del obrar humano depende de la naturaleza de la que procede por un lado (“el orden objetivo de los entes”), y del modo de pensarse a sí mismo y a su mundo que ha ido adquiriendo el hombre a lo largo de su vida (“una concepción viva”) y desde el cual se relaciona consigo mismo y con el mundo². Edith Stein además del pensar y el obrar, menciona otras dos instancias antropológicas mediadoras: el sentir (respuesta afectiva no deliberada) y el querer (una toma de postura libre)³. Así como el obrar está íntimamente ligado a ese pensamiento encarnado o “concepción viva”, los otros dos movimientos humanos básicos el sentir y el querer, según Edith Stein, también están conectados entre sí y con los primeros a través de relaciones que conforman una unidad de sentido⁴.

¹ Edith Stein, *La estructura de la persona humana*, Madrid, BAC, 1998, p. 3

² Observemos la coincidencia de estas ideas en el pensamiento de Charles Taylor: “Yo defiendo la firme tesis de que es absolutamente imposible deshacerse de los marcos referenciales; dicho de otra forma, que los horizontes dentro de los cuales vivimos nuestras vidas y que les dan sentido, han de incluir dichas contundentes discriminaciones cualitativas” (...) “Mi identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que apruebo, a lo que me opongo. En otras palabras es el horizonte dentro del cual puedo adoptar una postura.” *Fuentes del yo*, Barcelona, Paidós, 1989, p.43

³ Para la distinción de estos dos movimientos Cfr, Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, Méjico, FCE, 1996, pp.451-453

⁴ Cfr. Edith Stein, *Sobre el problema de la empatía*, Universidad Iberoamericana, Méjico, 1995, p. 154

Las tendencias naturales del hombre entonces, se encaminan a sus objetos siguiendo el mapa que les propone la visión del mundo que el sujeto ha adquirido y encarnado a lo largo de su vida. Aprendemos el sentido de la vida y por lo tanto lo que es valioso para la vida, durante el proceso de educación en que somos insertados desde que nacemos. Recibimos miméticamente de nuestra familia y sociedad, deliberada e indeliberadamente, marcos de referencia teórica y de valores alrededor de los cuales gira nuestra vida⁵. Estos marcos son llamados, por su parte, por Erich Fromm “marcos de orientación y devoción”. De orientación teórica y de devoción o valoración práctica. Pensamos, sentimos, amamos y obramos dentro de este contexto⁶.

Es imposible prescindir de la “concepción viva” de la que habla Edith Stein. En donde se juega la salud o el bien de la vida humana es en el hecho de que esa concepción sea además de viva, «verdadera»⁷. Puesto que el hombre no resulta determinado por su cultura o educación, él puede gracias a la luz intelectual proveniente de su dimensión espiritual, tener una mirada crítica, discernir lo verdadero de lo falso, aquello a lo que quiere adherir o rechazar, y cómo llevarlo a cabo en según qué casos⁸. Incluso a veces, sostiene Sciacca, se impone un proceso de deseducación si queremos dar con nuestro bien y alcanzar una genuina formación⁹. De ahí que Santo Tomás defina al bien del hombre “*Bonum hominis, in quantum est homo, est, ut ratio sit perfecta in cognitione veritatis, et inferiores appetitus regulentur secundum regulam rationis; nam homo habet quod sit homo per hoc quod sit rationalis.*”¹⁰

Una de las cuestiones centrales para la ética que busca la «vida buena» pasa entonces por la necesidad de un constante discernimiento de la veracidad de esa concepción viva, que da un marco de orientación en el aquí y ahora a nuestro pensar sobre lo particular e informa nuestra afectividad. Es de vital importancia para el orden de la virtud el hecho de que esa concepción se encuentre en armonía con la realidad de las cosas y de uno mismo. La tendencia al bien que impulsa la naturaleza humana en la multiplicidad de sus movimientos podrá irse realizando

⁵ Cfr. Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, Méjico, FCE, 1996, p. 441 y ss

⁶ Cfr. Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*, Méjico, FCE, 1980, p. 60 y ss

⁷ Cfr. Edith Stein, *La estructura de la persona humana*, cap. I; Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*, cap. III

⁸ Cfr. Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, p. 442 y ss

⁹ M. Federico Sciacca, *La libertad y el tiempo*, Barcelona, Miracle, 1967, p. 54 y ss

¹⁰ Santo Tomás, *De Virt.* 1, 9

(siempre de manera parcial, tal es nuestra condición) en la medida en que, la unidad de sentido que los atraviesa se encuentre en sintonía con el orden general del ser en que habitamos¹¹.

Somos conscientes de las dificultades que presenta el debate ético contemporáneo en relación a este tema. ¿Cuál es la verdad de las cosas? ¿Cómo podemos alcanzar un punto de referencia seguro para el sentir, querer y obrar? ¿Cuál es el marco de orientación y devoción adecuado para la fecundidad de la libertad?

2. La manifestación del fundamento:

Nos reconocemos afines al itinerario de la vida ética que describe Robert Spaeman en su obra *Felicidad y benevolencia*. Comienza allí por presentar una verdad básica, fundante de un saber interior capaz de ordenar gran parte de nuestra conducta:

“Cuando Kant denomina al hombre fin en sí, o cuando en la tradición metafísica se considera a Dios como fin último, el fin no significa algo que haya que realizar, sino aquello que en toda realización se supone de antemano como fundamento suyo. La manifestación del fundamento es lo que aquí denominamos despertar a la realidad, o también «proceso por el que lo real deviene real para mí».”¹²

Despertar a la realidad de la vida del hombre como valor en sí mismo¹³, es equivalente a estar frente a la evidencia del fundamento, del fundamento que puede ordenar la conducta. La persona es algo sagrado, que vale al margen de un campo de relaciones que la justifique. Una prolongación del razonamiento llevaría naturalmente a la raíz teológica de este hecho. La toma de conciencia de toda esta realidad (de que lo real *devenga real para mí*) impone al sujeto en primer lugar una actitud de respeto. Este primer gesto de respeto lleva a poner distancia, a dar espacio a la vida del otro, a no abalanzarse, impone un límite. No se puede tratar de cualquier modo al ser portador de un valor en sí. El respeto y la distancia en segundo lugar, dan paso a la “atención” y veneración. Sólo en la atención se puede reconocer la voz del llamado de lo real a involucrarnos en su dinamismo. Prestar atención al ser, según Spaeman es reconocerlo atravesado por una trascendencia volitiva, (o en lenguaje de Santo Tomás, atravesado por su tendencia natural al bien). El hombre que se inclina sobre esta tendencia es convocado a

¹¹ Cfr. Santo Tomás *De caritate* 1; *Summ Theol.* I-II, 10,1

¹² Robert Spaeman, *Felicidad y benevolencia*, Madrid, Rialp, 1991, p. 148

¹³ Para R.Spaeman el valor del hombre echa sus raíces en su ser «imagen». Cfr. *Felicidad y benevolencia*, p. 150 y ss. Todas estas ideas aparecen desarrolladas en los capítulos “Benevolencia” y “Ordo amoris” de la segunda parte.

hacerse responsable por la vida, que tiende a su realización y crecimiento¹⁴. De ahí que se ha llamado a la atención “la figura histórica de la oración” (Adorno-W. Benjamin¹⁵) o “la piedad natural del alma” (Malebranche¹⁶). La atención es un gesto de obediencia frente al carácter sagrado del ser, supone el reconocimiento de la cualidad de donación del ser y del orden de la vida del ser. Por la atención al fundamento puedo empezar a conocer los caminos hacia la fecundidad de la libertad.

Nos estamos refiriendo a la toma de conciencia del valor en sí de la persona creada como marco de orientación en torno al cual podemos organizar nuestra jerarquía de prioridades. Esta capacidad de “percepción del fundamento” es el origen del deber ser. Aquí partimos de una actitud de empatía con el bien como fuente del deber ser. A la inversa de las éticas formalistas que parten del intento de fundar racionalmente la ley para luego proyectarla sobre la conducta del hombre¹⁷. Incluso creemos que sin la toma de conciencia de esta realidad no se originarían los distintos discursos presentes en el debate ético contemporáneo. ¿Qué es lo que justifica el debate sino el supuesto de que la organización de la vida humana lo merece? La teoría trata de iluminar esta experiencia.

El *ordo amoris*, fórmula con la que San Agustín definía la virtud, es el orden que se instala en el amor que ha encarnado el orden jerárquico del ser creado y orienta desde el interior a las distintas facultades al servicio de la Vida. En último análisis, las virtudes son formas de amor ordenado: “Verdad es que también en esta vida la virtud no es otra cosa que amar aquello que se debe amar. Elegirlo es prudencia; no separarse de ello a pesar de las molestias es fortaleza; a pesar de los incentivos, es templanza; a pesar de la soberbia, es justicia.”¹⁸ En el universo de San Agustín el orden del amor incluye la revelación del hombre como imagen y semejanza del Creador fuente de todo bien. La percepción del fundamento se ha hecho radical.

¹⁴ Cfr. Robert Spaeman, *Felicidad y benevolencia*, p.152 .Encontramos en estas ideas de Spaeman afinidad con las sostenidas por Levinás como fundamento vital de la ética. Cfr. *Ética e infinito*, Madrid, La balsa de la medusa, 2000, cap. 7 y 8

¹⁵ W.Benjamin- T.W.Adorno, *Correspondencia*, Madrid, Trotta, 1998, p. 77

¹⁶ Citado por W. Benjamin en “Franz Kafka”, *Ensayos escogidos*, Bs. As., Sur, 1967, p. 72

¹⁷ Dice Spaeman: “Lo característico de ambas morales, la kantiana y la consecuencialista, consiste en poner al comienzo de la ética imperativos, leyes o normas, es decir, el deber, no la percepción de la realidad.” Op. cit., p. 173

¹⁸ San Agustín, *Epist.* 155, 4, 13

3. La unidad de la vida

Si el hombre mediante el conocimiento despertara a la realidad del fundamento (sabiduría), con su sentir le correspondiera (templanza, fortaleza), y si sus decisiones deliberadamente lúcidas (prudencia) lo llevaran a un obrar fecundo en el aquí y ahora (justicia), estaríamos en el camino del bien en la forma de la unidad de la vida¹⁹.

Retomemos la definición de Santo Tomás, comentada ahora por J. Pieper: “El bien propio y esencial del hombre- o, lo que es lo mismo, su verdadero ser, el humano- consiste en que la «razón perfeccionada por el conocimiento de la verdad» informe y plasme internamente el querer y el obrar.”²⁰

Lo ideal a que apunta la norma, la armonía, lo perfecto, la plenitud de la vida temporal humana, es que el pensar, el sentir, el querer y el obrar estén plasmados por la misma forma y que esta forma se identifique con el orden del ser.

Edith Stein desarrolla el ideal al que tiende el hombre en la búsqueda de la unidad de la vida en un capítulo de *Ser finito y Ser eterno*: “Nuestro conocimiento constituye el fundamento sobre el que nos apoyamos para llegar hasta el ente y actuar en el mundo. Conocer las cosas forma parte de esto; es decir, captarlas en la significación que ellas poseen para nosotros y en las significaciones que tienen unas para otras. Esta significación se manifiesta en nuestra interioridad cuando captamos de manera viva su valor; éste considerado como una respuesta, que viene de la interioridad, exige objetivamente cierta participación del corazón y de la voluntad e incita a emprender y a obrar en forma activa. En nosotros conocer, sentir, querer y obrar no están ciertamente separados por completo ni son independientes los unos de los otros; más bien, están condicionados el uno por el otro, porque dependen los unos de los otros, pero no forman una unidad indisoluble. En cuanto movimientos independientes se dejan separar unos de otros y los nexos objetivos entre ellos no siempre se realizan. Una mirada penetrante percibe un oscurecimiento del valor en el caso de la simple naturaleza objetiva de las cosas. Existe una captación *muerta* del valor que da cuenta inteligiblemente de la significación de las cosas en la ausencia de un principio motor interno. En lo que concierne a la percepción viviente del valor, se encuentra también un fracaso con respecto a la voluntad y la acción y se presenta como debilidad, pereza, indecisión o infidelidad. Ese proceso difiere mucho en los diferentes hombres y, en el mismo hombre, en diversos momentos. Hay momentos en los que nuestra vida

¹⁹ El paralelo con las virtudes puesto entre paréntesis merecería una justificación que excede este trabajo. Tómese esta referencia simplemente en sentido analógico.

²⁰ *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, p.39

espiritual entera se despierta a la vida plena y esta vida parece ensamblada en una unión perfecta: conocimiento, amor y acción no forman más que una sola y misma cosa indivisible.”²¹

Tendemos a la unidad del mismo modo que tendemos a la verdad y al bien. A menudo experimentamos sin embargo una división interior: nuestro pensamiento nos señala el camino del bien, pero nos sentimos débiles (*infirmetas*), nos dejamos arrastrar por la comodidad (intemperancia) o terminamos obrando en dirección contraria (malicia). A veces optamos por ser fieles a nuestro pensar y hacemos violencia al sentir para obrar con justicia y evitar así la malicia. Otras, no prestamos atención al orden del ser y la verdad (*amathía*, indocilidad) y nuestros afectos y obras carecen de orientación. Es la experiencia de la falta de integridad y debilidad de nuestra naturaleza, de las heridas y la imperfección de nuestro mundo interior; lo que Santo Tomás llama la pérdida de la justicia original y la destitución del orden a sus objetos de las distintas facultades²². Esta experiencia de “tironeo” interior fue simbolizada ya en Platón en el Fedro, en el mito del carro alado cuyo cochero no consigue mantener en armonía la dirección del galope de sus caballos. La experiencia del mal como división interna.

4. Unidad interior y unidad con el cosmos. Identidad y pertenencia

Habíamos dicho que el camino al bien del hombre pasa por el hecho de que el orden interior al dinamismo del sujeto se encuentre en armonía con el orden del ser. Más allá de la relación de donación y servicio que surge de la atención al fundamento que mencionamos arriba, es evidente un segundo modo de relación en la que el sujeto, lejos de donante aparece como indigente, siendo él necesitado de su entorno para vivir. El ser humano necesita abrirse a la realidad para encontrar allí el alimento para el crecimiento de su vida: “El hombre no puede vivir sin recibir; él se nutre en efecto de los contenidos que recibe espiritualmente viviéndolos, como el cuerpo de la sustancia nutritiva que transforma; esta imagen muestra mejor que la del espacio que no se trata de llenar un vacío, pues quien recibe es un ente que tiene una esencia propia, recibe según su modo y transforma todo lo que ha hospedado en sí. Es la esencia del

²¹ Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, pp. 409-410. En este apartado el objetivo de Edith Stein es comprender algo de la naturaleza de los ángeles por analogía con la dimensión espiritual de la naturaleza humana. El párrafo concluye: “Y estos grados, los más elevados de la vida espiritual, nos abren de nuevo perspectivas sobre una vida espiritual que, no sufriendo variaciones ya, permanece inmutable en una altura semejante.”

²² Cfr. S Th. I-II, q. 85 a.3.

hombre con las propiedades y posibilidades que en él radican, quien se abre a la vida y absorbe lo que necesita para llegar a ser lo que debe ser.”²³

La necesidad de orientación, de percepción del valor, la necesidad de «salir de sí» para encontrar el alimento que le permita alcanzar su propio bien, son testimonio de que el desarrollo de la vida de la «identidad» del ser personal solamente puede lograrse en la «pertenencia», en sus vinculaciones dinámicamente armónicas y nunca realizadas hasta el final, con el orden creado.

La conquista del crecimiento interior se logra en relación al gran orden de lo real. “El grado existencial supremo accesible a toda realidad creada –sostiene Edith Stein- está determinado, y este grado existencial constituye el bien hacia el que ella debe dirigir sus esfuerzos; cada realidad posee al mismo tiempo, con relación a otra realidad, el significado de una posibilidad de perfección, y por consiguiente constituye un bien para esta realidad.”²⁴

“El mundo entero del devenir está totalmente bajo la dependencia del orden que permite a cada creatura orientarse hacia su propia perfección y ayudar a otra creatura a encontrar la vía de su perfección.”²⁵ El orden del ser creado aparece como un entramado de dones y necesidades.

El equilibrio de la unidad interior está íntimamente ligado a su vinculación armónica con el orden del todo. El uno no se da sin la otra. Así ha sido pensada la creación: el sumo bien de cada creatura sólo puede lograrse en la unidad con el orden de lo real. Dice Santo Tomás: “Aquello que es máximamente bueno en la realidad creada es el bien del orden universal, que es máximamente perfecto, según dice el Filósofo: con el cual coincide la divina Escritura, cuando dice: “Dios vio todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas, mientras de las obras particulares había dicho que “son buenas” (Gn. 1)”²⁶

²³ Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, pp. 388-389

²⁴ Edith Stein, *Ser finito y ser eterno*, p. 334

²⁵ Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, p. 333. Obsérvese el parentesco con la afirmación de Platón: “Aquel que cuida de todo el mundo ha dispuesto todas las cosas como es necesario para la conservación y la conservación del conjunto, de suerte que cada parte no hace o no sufre más que lo que justamente le corresponde y hasta donde alcanza su potencia.” (...) “Tu mismo mortal, eres una de tales particillas, la cual por pequeña que sea, trabaja de continuo en pro de las finalidades del todo y en ellas encuentra tu propia finalidad.” (Platón, *Leyes*, 759d)

²⁶ Santo Tomás, C.G. 3, 64 Unidad, verdad, bien y belleza se revelan como nombres del ser: “...”el ente en cuanto creado según su «quid» es algo claramente determinado y ordenado de determinada manera: primero en su estructura interna, luego en sus relaciones con otro ente. (...) El espíritu creado (y en particular su conocimiento) concuerda con todos los entes no sólo en cuanto ente, sino también porque en el reina el orden del ser; se distingue en cuanto espíritu, porque puede experimentar interiormente este acuerdo: este acordarse es lo que nosotros llamamos «placer» o alegría por la belleza o «gozo estético».” E. Stein, *Ser finito y Ser eterno*, p. 347

8. El mal y la división

El mal moral se encuentra del lado de la división, de la separación. Separación de la realidad en un primer lugar. Si miramos de cerca cada una de las heridas de la naturaleza que afectan al ser humano, expresan una subestimación del papel de la alteridad en la propia vida. Debido a ellas el sujeto se resiste a la verdad como norma del obrar (necedad), antepone un capricho arbitrario a lo que es objetivamente debido (malicia), busca el placer sin respetar el orden del ser (intemperancia), no enfoca sus energías al bien arduo (debilidad)²⁷.

En el mal moral el sujeto se aísla del orden del ser y prescinde de él para la organización de su vida. Esta falta de armonía con lo «otro» repercute en el desorden interior de las facultades o a la inversa, la falta de armonía interior se proyecta sobre el exterior. Un ser cuya ley de crecimiento, ha sido pensada en armonía con la vida del todo, no alcanza un nuevo equilibrio al rebelarse al orden, sino una situación de radicalización de su inestabilidad vital:

Finalizamos nuestro trabajo con la siguiente reflexión sobre el mal de S.L. Frank:

“A esto corresponde «la inquietud», «la preocupación», «la agitación», que son las características eternas *interiores* de este tipo de ser. La inquietud, la insatisfacción insaciable, la caza sin fin y esperanza de un fuego fatuo que continuamente se escapa, es el estado propio de ser insubsistente encapsulado, caído. Es también la condición del alma humana, encadenada al mal, como la condición del ser mundano decaído y disolviéndose; el mundo como «voluntad ciega de vivir» de Schopenhauer o como «la inquietud en sí» de Hegel. (...) La «inquietud» que representa el contenido concreto de todo modo de ser «mundano» -la sed inextinguible y el autoatormentarse del mundo- son justamente la expresión de la contradicción viva interior y del contraste en el cual consiste la esencia misma de mal: *el no ser se afirma a sí mismo como ser*, lo que por su contenido ha decaído de la realidad verdadera de la «unitotalidad» quiere ser realidad justamente en esta condición.”²⁸

Dejamos para otra oportunidad por cuestiones de espacio, la vigencia de esta descripción de la situación humana y su correspondencia con los marcos de orientación y devoción presentes en nuestra cultura.

Marisa Mosto

²⁷ S.Th.I-II, q. 85 a.3. “En cuanto que, entonces la razón queda destituida de su orden a lo verdadero, hay herida de ignorancia; en cuanto que, en cambio, la voluntad queda destituida de su orden al bien, hay herida de malicia; en cuanto que, en cambio, lo irascible queda destituido de su orden a lo arduo, hay herida de debilidad; en cuanto que, lo concupiscible queda destituido de su orden a lo deleitable medido por la razón hay herida de concupiscencia.”

²⁸ Semen Ljudvigovic Frank, *L' Inattigibile*, Milano, Jaca Book, 1977, p. 341 y ss. La traducción del italiano es mía